

## 1. EN LA ESCUELA DE LA PALABRA: LECTIO DIVINA SOBRE Jn 19, 25-27

Accedemos al corazón de la espiritualidad de Kolbe y la consagración a la Inmaculada colocándonos en la escuela de la Palabra de Dios.

Para nuestros fines, el texto más emblemático de la Sagrada Escritura es, sin duda, Juan 19, 25-27.

San Maximiliano también se refería a este pasaje: se admiraba del plan amoroso de Dios y se detenía en el exuberante don del amor de Dios, que se representa en la Madre. “*Otro don*”, escribió, un don que proviene de la gratuidad pura del corazón de Dios en Cristo. Esto es lo que dijo San Maximiliano:

*“¿Quién se atrevería a suponer?... ¿Qué más podrías darme?, oh Dios, después de haberte ofrecido a mí en propiedad.... Tu Corazón, ardiente de amor hacia mí, te sugirió otro don. Sí, ¡uno más!... Tú nos mandaste que nos hiciésemos niños, si queríamos entrar en el Reino de los Cielos [Mt 18,3]. Tú sabes muy bien que un niño necesita una madre: Tú mismo estableciste esta ley de amor. Por tanto, tu bondad y tu misericordia crearon para nosotros una Madre, la personificación de tu bondad y de tu amor infinitos, y desde la Cruz, en el Gólgota, nos la ofreciste a nosotros y nos ofreciste a Ella...” (EK 1145).*

Leamos con San Maximiliano la fuente de este don, allí en el Calvario, con María y Juan, para captar el significado de este evento para nosotros hoy...

### **Lectio divina sobre Jn 19, 25-27**

**El contexto** es solemne. Estamos en el punto culminante de la vida de Cristo, cuando Jesús reveló en plenitud Su gloria. Está en la Cruz, la cruz que Lo elevó al cielo y de la que atrae a todos hacia Sí (cf. Jn 12, 32). Es el cumplimiento de nuestra salvación, el corazón del misterio pascual de Cristo, el momento del don supremo del amor: “*Tanto amó Dios al mundo, que entregó a Su Hijo único*” (Jn 3, 16). El Padre manifestó ese amor por medio del don de Su Hijo en la Encarnación, y ese misterio ahora culmina en el don de Su vida por nosotros.

Es en este contexto solemne que se da el don de la Madre, el penúltimo acto, podríamos decir, de Su entrega de Sí Mismo por nuestra salvación.

En el versículo 30, San Juan nos dice: *“Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo, ‘Todo está cumplido.’ E inclinando la cabeza entregó el espíritu.”*

En este contexto solemne, la encomienda es de gran valor: el don de la Madre es parte de lo que Jesús debía realizar. Parece que todo se ha acabado después de la encomienda del discípulo a la Madre y de la Madre al discípulo.

v. 25: En el Calvario, encontramos a cuatro mujeres, entre las cuales destaca la “Madre de Jesús”, y Juan se refiere a Ella con ese título. También en Caná la llama por ese título.

v. 26-27: En estos versículos tenemos lo que los eruditos llaman un "esquema de detección": **Jesús ve - Él dice – He ahí ...** Encontramos este esquema nuevamente en el Evangelio de San Juan, en el que Juan el Bautista ve llegar a Jesús y **dice: “He ahí, el Cordero de Dios”** (cf. Jn 1, 29-30; Jn 1, 36).

Este esquema literario revela la misión del personaje indicado. Por eso, en el pasaje sobre la Cruz, Jesús explica a la Madre cuál es su misión: ser la madre del discípulo.

Pero, ¿quién es el "discípulo amado"?

Es aquél que recibe la Palabra de Dios y obedece los mandamientos de Jesús; es decir, el que ama como Él nos amó. Aquí, entonces, el discípulo representa a todos los discípulos del Señor. El “discípulo amado” podría ser tú o yo: cada uno de nosotros es amado por Jesús.

La maternidad de María, la cual comenzó en la Anunciación, asume en el Calvario una dimensión universal. Desde entonces, como enseña el Concilio Vaticano II, María cuida a los hermanos de su Hijo (cf. LG 62), que se convierten desde ese momento en sus propios hijos.

Sí, desde *“aquel momento”*, como está escrito en el Evangelio de Juan. Es la hora de la Cruz, la hora de la manifestación de la gloria de Cristo, la hora de la salvación, el corazón del misterio pascual del mismo Cristo.

¿Qué pasa a partir de aquel momento? *“El discípulo se la llevó a su casa”*.

Juan “*acoge entre sus cosas propias*” a María al llevarla a su casa “*y la introduce en todo el espacio de su vida interior*”, como escribe San Juan Pablo II en su encíclica, *Redemptoris Mater* (45). También nos incumbe hoy este don de Dios. Todo discípulo del Señor, el día de su Bautismo, junto con los dones de Cristo, recibe el don de la Madre.

Consagrarse a María no significa, por tanto, “crear” ese don, inventar algo. El don es un regalo, es gratuito e inmerecido y lo sigue siendo incluso si no somos conscientes de ello. María siempre ejerce su maternidad, seamos conscientes o no del hecho. Lo que podemos hacer es aceptar el don de la Madre, como todos los dones de Cristo. Aceptarla a Ella, como lo hizo Juan; llevar a María a nuestra casa, a nuestra vida, vivir esta relación Madre-hijo con gratitud y en conciencia.

Sigue San Juan Pablo II:

*“Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan – a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de Su Madre y dejándonos acompañar por Ella” (Ecclesia de Eucharistia, 57).*

Hay otro pasaje que nos anima a llevar a María con nosotros. Es un texto del Evangelio de Mateo: “*No temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en Ella es del Espíritu Santo*” (Mt 1, 20).

Es la invitación del ángel que se le apareció en sueños a José, cuando él se había decidido repudiarla en privado. Esta maternidad proviene del Espíritu: es un don del Espíritu. Esto es verdad en cuanto se refiere a la maternidad de María para con Jesús como también lo es en cuanto a su maternidad espiritual para con nosotros.

*“Dará a luz un hijo...”*, le dijo el ángel a José.

Esto es la esencia de la maternidad espiritual de María: dar a luz a Jesús dentro de nosotros.

**Ésta es la Maternidad de María: formar a Jesús en nosotros.**

San Juan Pablo II lo recordaba muy bien en varias ocasiones, como cuando, dirigiéndose a los jóvenes, los invitó a invitar a María a que entrara en sus vidas: *“Es Ella la que, mediante su ministerio materno, os educa y os modela hasta que Cristo esté formado plenamente en vosotros”* (Mensaje “Ahí tienes a tu

madre” (Jn 19, 27), para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud, 13 de abril de 2003, n. 3).

San Maximiliano, a su vez, nos invita a vivir la consagración a María con esta conciencia:

*“En el vientre de María, el alma debe renacer según la forma de Jesucristo. Ella debe alimentar el alma con la leche de su gracia, formarla delicadamente y educarla, así como alimentó, formó y educó a Jesús. En su regazo el alma debe aprender a conocer y amar a Jesús. Del corazón de María debe tomar el amor a Él, más aún, amarlo con su corazón hasta llegar a ser semejante a Él a través del amor” (EK 1295).*

San Maximiliano sugirió un programa verdaderamente hermoso.

No debemos de preocuparnos por tomar a María en nuestra vida ya que se trata de experimentar este tipo de maternidad que nos lleva a conformarnos con Cristo, a ser semejantes a Él en el amor, ¡mandamiento único del Señor!

Hay otro pasaje muy inspirador de los *Escritos de San Maximiliano* que revela un significado aún más profundo de la consagración a María:

*“He aquí la M.I, hacer que entre en todos los corazones, que nazca en todos los corazones; que Ella pueda, entrando en estos corazones y, habiendo tomado posesión lo más perfectamente posible de ellos, dar a luz allí al dulce Jesús, Dios, y hacerlo crecer hasta la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión!... ¿Verdad? ... La divinización del hombre hasta el Hombre-Dios, a través de la Madre del Hombre-Dios” (EK 508).*

Este texto agrega algo nuevo. Acoger a María en nuestra vida es acoger y experimentar su maternidad en nosotros con plena conciencia, pero dentro de esta conciencia encontramos no sólo la *aceptación* de la maternidad espiritual de María, sino también la *disposición* para ser *colaboradores* de su maternidad hacia toda persona. ¡Esta es la interpretación rica y original del padre Kolbe!

La maternidad de María no solamente se nos da a nosotros, también se nos confía. Habiendo experimentado su maternidad, hoy podemos convertirnos en sus colaboradores.

La acción evangelizadora de la Iglesia es precisamente la prolongación de la misión maternal de María.

El M.I. es “*hacer que entre en todos los corazones*” para que pueda ejercer su maternidad espiritual: “*¡Qué hermosa misión!... ¿Verdad?*”, ¡dice San Maximiliano!

**Pregunta para la reflexión y discusión:**

¿Cuál es el papel de María en la Historia de la Salvación y en mi historia personal?